

# La Sagrada Escritura y la independencia americana

## El jesuita Lacunza y su milenarismo profético<sup>1</sup>

por Jorge R. Seibold S.I.  
Facultades de Filosofía y Teología  
San Miguel

La Sagrada Escritura no solo inspiró el anuncio evangelizador en América en orden a la conversión de los nuevos pueblos indígenas y a su inserción viva en el seno de la Iglesia, sino que, además, promovió toda una serie de realizaciones en orden a conformar una sociedad más justa y más humana compatible con el ideal evangélico en el plano de la vida social, económica, política y cultural de estos nuevos reinos. La Sagrada Escritura conlleva en su seno una tensión escatológica que tiende por sí misma a la efectuación de su propia utopía. Jesús la traduce con el anuncio, la llegada y la consumación del Reino.

Sin embargo esta tensión escatológica de la Sagrada Escritura no dejará de suscitar las más variadas interpretaciones a lo largo de la historia de la Iglesia, una de las cuales fue el milenarismo, o la del reino milenario de Cristo antes del fin de los tiempos, de acuerdo a una interpretación literal de diversos textos de la Sagrada Escritura, muy especialmente *Apocalipsis 20*, que prevaleció en los primeros siglos de la Iglesia, y a la cual se opuso primero Orígenes y, luego, San Agustín con su interpretación simbólica. La interpretación agustiniana influenciará la exégesis y la interpretación medieval, pero no impedirá la persistencia de diversas interpretaciones milenaristas.

En esta línea apocalíptica y milenarista se inscribe la interpretación aportada por la obra del jesuita chileno Manuel Lacunza (1731-1801) titulada *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, publicada en su cuarta edición, en Londres, el año de 1816, el mismo año de la independencia de Argentina, por Manuel Belgrano, el creador de su enseña patria y uno de sus grandes patriotas. Dada esta curiosa conjunción de escatología e historia profana, de llegada de un tiempo sagrado y comienzo de otros tiempos nuevos, nos ha parecido conve-

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el *Congreso Internacional "Jesuitas 400 años en Córdoba"*, realizado del 21 al 24 de septiembre de 1999 en Córdoba, Argentina.

niente volver sobre esta obra. En una primera parte presentaremos algunos antecedentes, que nos ayuden a comprenderla. En la segunda veremos su significación escriturística. Y en la tercera parte, finalmente, pondremos en realce su significación política con relación a su repercusión americana.

## 1. Antecedentes sobre Lacunza y su obra

### 1.1. Vida

Manuel de Lacunza y Díaz nace en Santiago de Chile el 19 de Julio de 1731. De muy joven, a los 16 años, entra a la Compañía de Jesús, el 7 de septiembre de 1747. Después de haber estudiado filosofía y teología se ordena sacerdote en 1755, a los 24 años. Sus primeros estudios, a los cuales se sentía fuertemente inclinado, fueron las matemáticas y la astronomía. Hace su profesión solemne en febrero de 1766. No tenía aún 35 años. Al año siguiente, 1767, por orden de Carlos III debe marchar con todos sus compañeros jesuitas fuera de los dominios del rey de España. Desde 1768 se radica en Italia, en el estado pontificio de Imola, donde permanecerá hasta su muerte en 1801. Pero esta expulsión y extradición de Lacunza significará un cambio decisivo en su vida. En 1773 será reducido a clérigo secular por la extinción de la Compañía en virtud del famoso breve de Clemente XIV. A partir de esos años se dedica al estudio de la Sagrada Escritura. Hacia 1775 comienza a redactar su obra sobre la *Venida del Mesías*, que luego de 15 años de infatigables trabajos concluirá hacia 1790. Por ese tiempo comienzan a circular copias de su obra, pero sin encontrar editor. Su muerte lo sorprenderá el 17 de junio de 1801, casi a los 70 años de edad, sin haber visto su obra publicada, aunque sí divulgada en diversas copias manuscritas.

### 1.2. La Venida del Mesías

Nos interesa en particular la cuarta edición realizada por Belgrano en Londres<sup>2</sup>. Hoy se sabe que hubo 3 ediciones anteriores clandestinas muy imperfectas y editadas en 1811, 1813, y 1815. Además

<sup>2</sup> Esta edición se titula *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad. Observaciones de Juan Josaphat Ben-Ezra, hebreo-cristiano: dirigidas al sacerdote Cristófilo*, en cuatro tomos, Londres, en la Imprenta de Carlos Wood, 1816. Nosotros citaremos esta obra con la sigla *Venida*, tomo y página.

hubo otras ediciones posteriores<sup>3</sup>. La edición de Belgrano es excelente y fue publicada en cuatro tomos. Tiene como título: *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad. Observaciones de Juan Josaphat Ben-Ezra, hebreo cristiano: dirigidas al sacerdote Cristófilo*. Lacunza tomó el nombre de un célebre rabino medieval de origen español, y que también como él fuera desterrado de España<sup>4</sup>. Por la elección de este seudónimo Lacunza también expresaba su predilección por la exégesis rabínica más ligada a las realidades temporales y no meramente simbólicas. Esta obra está presidida por un prólogo del editor a los americanos. Este prólogo, que no está firmado, es importante porque muestra la intencionalidad del editor. Se ha discutido quién es el autor de este prólogo y quién fue el editor de esta obra. Hoy se sabe con certeza tanto por crítica externa como interna, que el autor de este prólogo y el editor de esta obra es una misma persona, y ella es Belgrano<sup>5</sup>.

Belgrano había obtenido una copia de manos de su amigo Fray Isidoro Celestino Guerra, prior del Convento de Santo Domingo, en Buenos Aires, y luego provincial (1807-1811) en la época de la revolución de Mayo. Fue Guerra el que le dio la copia a Belgrano cuando partió para su misión en Londres. Esto aparece del todo coherente con lo que dice el editor en el Prefacio anónimo de esta obra. Después de

<sup>3</sup> Para todas estas ediciones cfr. Alfred-Félix Vaucher, *Une célébrité oubliée. Le P. Manuel de Lacunza y Díaz (1731-1801)*, Collonges-sous-Salève, Haute-Savoie, Fides, 1941. Véase también Guillermo Furlong, "Las ediciones castellanas del libro de Lacunza", *Estudios* 36/2 (1918) 144-150.

<sup>4</sup> Cfr. Fredy O. Parra Carrasco, "Pensamiento teológico en Chile. Contribución a su estudio. V. El Reino que ha de venir: Historia y esperanza en la obra de Manuel Lacunza", *Anales de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile* 44/2 (1993) 47, nota 11. El mismo Lacunza confiesa el porqué tomó ese seudónimo en una carta del 22 de noviembre de 1788: "Para explicarme con más libertad y claridad en un asunto tan difícil y tan delicado, yo me finjo un Judío, mas un Judío Cristiano y Católico Romano, enterado suficientemente en la causa de los cristianos, no menos que en la de los Judíos. Tomo el apellido de Ben Ezra, no solamente por haber sido Ezra un Rabino de los más doctos y sensatos, sino principalmente por haber sido español, con la circunstancia de haber escrito en Candia desterrado de España". Cfr. R. Donoso, "La prohibición del libro del P. Lacunza", *Revista de Humanidades*, Buenos Aires 1 (1961) 40.

<sup>5</sup> Cfr. R.C. González, "Un ilustre editor de Lacunza: el general Manuel Belgrano (Londres, 1816) *Criterio* 22 (1955) 50-52.

contar las alternativas que llevaban a la intención de publicar esta obra de Lacunza, dadas las deficientes versiones hasta entonces conocidas, agrega:

"Principiaba a tratarse de esto con el mayor empeño, cuando he aquí que inesperadamente me veo en la necesidad de pasar a la corte de Londres [Belgrano viajó a Londres a fines de 1814]. Desde el punto que resolví mi viaje a este destino resolví también hacer a mis compatriotas el servicio de imprimir y publicar una obra, que aún cuando no hubiese otras, sobraría para acreditar la superioridad de los talentos americanos, al mismo tiempo que la suma sandez de un Señor diputado Español Europeo, que en las cortes extraordinarias en la Isla de León de Cádiz se hizo distinguir con el arrojado escandaloso de preguntar, a qué clase de bestias pertenecían los Americanos, o entre qué clase de ellas se les podía dar lugar. Al efecto deseado solicité luego una copia de la obra, y por fortuna hallé existir la que se tenía por más correcta, y de mejor letra en manos de un íntimo amigo mío [Fray Isidoro Celestino Guerra], quien enterado de mi propósito me la franqueó al punto con la mejor voluntad. Por ella se ha hecho la presente impresión en carácter y en papel correspondiente al mérito de la obra y teniendo todo el posible cuidado, para que salga, si no absolutamente perfecta (lo que casi no es de esperar en país donde la lengua Castellana es extranjera) al menos sin defecto substancial" (*Venida*, I, pp. XI-XII).

Por último señalemos que este prefacio está dedicado a los "americanos". Hay en Belgrano una voluntad innegable de reivindicar en esta obra el genio americano. Hoy se sabe que de esta edición se hicieron unos 1.500 ejemplares y que se enviaron casi todos a América. Señal clara de una intencionalidad de Belgrano: ¿Vendría esta obra a anunciar nuevos tiempos, propicios para estos pueblos de América en su nueva etapa histórica independentista?

Después de un prólogo latino del traductor dirigido al autor, toma éste finalmente la palabra para expresar en una oración de unas cinco páginas dirigida a Jesucristo, el Mesías de Dios, la propia intencionalidad de su obra. Su finalidad está derechamente orientada a "dar a conocer un poco más la grandeza y excelencia de vuestra adorable persona, y los grandes misterios *nova et vetera* relativos al Hombre Dios, de que dan tan claro testimonio las Santas Escrituras" (*Venida*, I, p. XXI). Pero la obra será, además, de singular provecho para

tres tipos de personas. Primero los sacerdotes. Luego aquellos que se precipitan hacia "el abismo horrible de la incredulidad" (*Venida*, I, p. XXII), por falta de conocimiento de la persona divina y la "ignorancia de las Escrituras Sagradas" (*Venida*, I, p. XXIII). Por último son destinatarios de esta obra los judíos, sus hermanos, a fin de que reconozcan al Mesías, si se les predica no solo su primera venida, sino además la segunda (cfr. *Venida*, I, pp. XIII y XIV). En estas finalidades o destinos de su obra no se encuentra nada a primera vista que mire a una finalidad temporal o política.

A continuación el mismo autor desarrolla su propio "prólogo" y un "discurso preliminar" en unas cincuenta páginas en las que justifica su intento. En el "prólogo" Lacunza previene al lector de la circulación de versiones incompletas y defectuosas de su obra que se han deslizado en ciertos ambientes, las que han llevado a no pocos a formarse una idea equivocada de la misma. Y responde a algunos reparos que se le han objetado. En su "discurso preliminar" Lacunza propone estudiar la segunda venida de Cristo a la luz de la Sagrada Escritura y en diálogo con la fe de la Iglesia y con sus doctores e intérpretes.

### 1.3. Doctrina

La obra, como el mismo Lacunza lo dice, se divide en tres grandes partes a semejanza de un labrador, que primero labra la tierra, luego siembra y finalmente cosecha:

"Nuestra primera parte comprenderá solamente los preparativos necesarios, y también los más conducentes: como son allanar el terreno, ararlo, quitar embarazos y resolver dificultades, etc. La segunda comprenderá las observaciones, las cuales se pueden llamar con cierta semejanza el grano que se siembra... En la tercera en fin procuraremos recoger todo el fruto, que pudiéramos de nuestro trabajo" (*Venida*, I, p. LXXV).

La primera parte consta de nueve capítulos en los que Lacunza presenta sus principios de interpretación escriturarios más religados al sentido literal y pasa revista a las principales opiniones de la tradición acerca de la segunda venida del Mesías y en particular a las diversas doctrinas del milenarismo, que se han dado en la historia de la Iglesia, distinguiéndolas de la suya propia.

La segunda parte, está dividida en la descripción y discusión de diez "observaciones" o "fenómenos" particulares, en los que trata de algunos temas escriturísticos fundamentales para la comprensión de la

segunda venida de Cristo y la institución del milenario, como son la profecía de la visión de la estatua de *Daniel 2* con sus cuatro metales, junto a la interpretación lacunziana de los cuatro imperios significados por ella y que precederán al imperio milenario del Mesías; la visión e interpretación de los cuatro animales de *Daniel 7*; el anticristo como figura moral y no individual, su advenimiento y final; la suerte y destino de los judíos y de la misma Iglesia cristiana; el tema bíblico de Babilonia y del retorno de los judíos; la interpretación de la visión de la mujer vestida de sol en el capítulo 12 del *Apocalipsis*; el tabernáculo o el trono de David y de su posible restauración con la llegada del Mesías; y finalmente las profecías sobre el monte Sión de las que se hacen eco tanto *Isaías 2* como *Miqueas 4*.

Una vez probados en la segunda parte los "fenómenos" que abonan la concepción lacunziana de la segunda venida del Mesías con su establecimiento del reino milenario, separado en el tiempo del Juicio final, Lacunza dedica la tercera parte de su obra, distribuida en 16 capítulos, a tratar la naturaleza de aquellos sucesos mismos ya probados en la segunda parte. Así estudia la venida del Señor; el juicio final; la naturaleza de los nuevos cielos y la nueva tierra; la nueva Jerusalén; hace una interpretación profética del *Cantar de los Cantares*; trata el problema de la nueva distribución de la tierra a las doce tribus de Israel; el destino del resto de las naciones y la felicidad final de los pueblos; los acontecimientos que sucederán al final del milenio; el estado del universo después del Juicio y finalmente la felicidad final de los justos.

En una importante carta escrita el 22 de noviembre de 1788 desde Imola al ministro Antonio Porlier en Madrid, Lacunza sintetiza en pocas palabras lo substancial de su intento al escribir esta obra:

"Yo señor he ocupado mi tiempo en Italia en el estudio formal, y meditación atenta de la Biblia Sagrada, y de toda suerte de escritores eclesiásticos, que o la han interpretado o hablado sobre ella. En este estudio y meditación de muchos años he hecho en fin, con la ayuda de Dios, algunos descubrimientos nuevos, verdaderos, sólidos, innegables y de grandísima importancia. Sobre éstos tengo escrita una obra, en la que propongo a los sabios otro sistema escriturario diversísimo del que han seguido hasta ahora los Doctores, en el cual se entienden al punto y se entienden con suma facilidad, en su propio y natural sentido, todas las escrituras, esto es: los Profetas, los Salmos, los Evangelios, escritos de los Apóstoles, el *Apocalipsis*, etc., sin ser necesario el recurso a sentidos arbitrarios, violentos, impropísimos, que no pueden satisfacer a un hombre

racional, que desea y busca la verdad, por más que se presenten escoltados de un ejército terrible, por numeroso, de escritores católicos, doctos y píos, pues todos han partido del mismo principio y seguido el mismo camino"<sup>6</sup>.

Como vemos el contenido y el despliegue de esta obra lacunziana es dentro de su temática específica lo suficientemente amplio como para ser estudiada desde los más diferentes ángulos y justifica desde ya la atención que despertó en su tiempo y que todavía hoy sigue suscitando, a pesar de su puesta en el Índice en 1824 y la advertencia de la Santa Sede en 1941 en la que señalaba sobre todo a las Facultades Eclesiásticas que la doctrina lacunziana "no puede ser enseñada con seguridad"<sup>7</sup>.

Nosotros, como ya lo dijimos al comienzo, vamos a referirnos brevemente a dos aspectos bien definidos, que nos suscita su lectura. El primero se refiere al lugar que ocupó la Sagrada Escritura y su interpretación en la obra de Lacunza, y el segundo a la repercusión política que esta obra tuvo en su tiempo y en particular en la gesta americana.

## 2. La Sagrada Escritura en la obra de Lacunza

Por lo dicho más arriba está claro que la intencionalidad profunda de Lacunza más allá de sus aciertos o errores fue poner con nuevo relieve los misterios de la persona de Jesucristo especialmente en lo relativo a su segunda venida en "gloria y majestad". Su interpretación, basada en una pormenorizada investigación de las fuentes bíblicas, patrísticas, medievales y modernas<sup>8</sup>, se diferenciaba tanto de la formulada por los primeros Padres como por los más recientes doctores y teólogos de la Iglesia. Pero sobre todo tuvo que librar el combate de las interpretaciones en el mismo suelo bíblico, a fin de afirmar por medio de él sus propias sentencias. De ahí el conocimiento nada vulgar que alcanzó del texto sagrado en tiempos donde los estudios bíblicos y aún la lectura de la Biblia tenían muy poca o ninguna relevancia.

<sup>6</sup> Cfr. en R. Donoso, *op. cit.*, p. 40, cfr. arriba nota 3.

<sup>7</sup> Cfr. Freddy O. Parra Carrasco, *op. cit.*, p. 23, nota 15, arriba en nota 3.

<sup>8</sup> Cfr. Freddy O. Parra Carrasco, *op. cit.*, p. 24, nota 17.

### 2.1. *El olvido de la Sagrada Escritura*

Lacunza se queja amargamente del desconocimiento que su tiempo tiene de la Sagrada Escritura. Ya en las primeras páginas de su *Venida* lo expresa patéticamente:

"Deseo y pretendo en primer lugar, despertar por este medio, y aun obligar a los sacerdotes a sacudir el polvo de las Biblias, convidándoles a un nuevo estudio, a un examen nuevo, y a una nueva, y más atenta consideración de este Libro Divino: el cual siendo libro propio del sacerdocio, como lo son respecto de cualquier artista los instrumentos de su facultad, en estos tiempos, respecto de no pocos, parece el más inútil de todos los libros" (*Venida*, I, pp. XXI-XXII).

Y un poco más adelante en el "Discurso preliminar" vuelve al tema precisando su crítica:

"Uno de los grandes males, que hay ahora en la Iglesia, por no decir el mayor de todos, pareceme a mí, que es la negligencia, el descuido, y aún el olvido casi total que se ve en el sacerdocio, del estudio de la Santa Escritura (del estudio, digo, formal, no de una lección superficial). Vos mismo podéis ser buen testigo de esta verdad; pues siendo sabio, y como tal aplicado a la bella literatura, habéis tratado, y tratáis con toda suerte de literatos. ¿Entre todos éstos cuántos escriturarios habéis hallado? ¿Cuántos, que siquiera alguna vez abran este libro divino? ¿Cuántos que le hagan el pequeño honor de darle lugar entre los otros libros? Acuérdomme a este propósito, de que en cierta conversación oí decir gravemente a un sabio de éstos; esto es, que la Escritura Divina, aunque digna de toda veneración, no era ya para estudio formal; especialmente en nuestro siglo, en que se cultivaban tantas ciencias admirables, llenas de amenidad, y de utilidad: que bastaba leer, o que cada día ocurre en el oficio divino, y caso que se ofreciese dificultad sobre algún punto particular, se debía recurrir, no a la Escritura misma, sino a alguno de tantos intérpretes como hay. En fin concluyó este sabio, diciendo, y definiendo, que el estudio formal de la Escritura le parecía tan inútil, como seco, e insulso. Palabras, que me hicieron temblar; porque me dieron a conocer, o me confirmaron en el conocimiento que ya tenía del estado miserable en que están (generalmente hablando) nuestros

sacerdotes, y por consiguiente los que dependen de ellos. *Si sal infatuatum fuerit, in quo salietur* [Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará?]" (*Venida*, I, pp. LIX y ss.)<sup>9</sup>.

Este olvido de la Sagrada Escritura tiene para Lacunza varias causas. Una de las razones se debe a los mismos expositores y comentaristas, que al acudir a los sentidos espirituales sin guardar ninguna referencia al sentido literal han llevado a la misma Escritura a su mayor descrédito:

"Esta libertad de explicar la Escritura Divina en otros mil sentidos, dejando el literal, ha llegado con el tiempo a tal exceso, que podemos decir sin exageración, que los expositores mismos la han hecho inaccesible, y en cierto modo despreciable: son estas expresiones no mías, sino del sabio, poco ha citado Fleuri (discurso V, sobre la Historia Eclesiástica)" (*Venida*, I, p. LXVI).

Y explica a continuación el porqué la Sagrada Escritura se ha convertido en "inaccesible" para algunos y en "despreciable" para otros:

"Inaccesible a aquellas personas religiosas, y pías, que tienen hambre, y sed de las verdades que contienen los libros sagrados, por el miedo de caer en grandes errores, que los doctores mismos les ponderan, si se atreven a leer estos libros sagrados sin la luz, y socorro de sus comentarios (tantos, y tan diversos). Y como en estos comentarios, *tantos, y tan diversos*,

<sup>9</sup> Palabras muy parecidas proferirá el canónigo salteño Juan Ignacio de Gorriti, amigo personal de Belgrano, y admirador de Lacunza en su obra "Reflexiones", que editara en Valparaíso, Chile, en 1836: "Más no sé por qué fatalidad empezó entre los cristianos a temerse la lectura de los libros sagrados sin tener un guía, es decir, un intérprete; se prohibió el uso de la Biblia en lengua española; esto fue arrancar de manos del pueblo este libro sacrosanto... Nada es más útil al eclesiástico que el estudio continuo de los libros sagrados... Para fortalecerse contra las dudas y temores de que acabo de hablar, aconsejo al joven eclesiástico que lea y haga un estudio formal de la obra del incomparable americano Lacunza, honra no solo de Chile que fue su Patria, sino de todo nuestro continente, titulada: *Segunda Venida del Mesías en gloria y majestad, por Juan Bergamín Aben Ezra, impreso en Londres a expensas del general don Manuel Belgrano*", en *Biblioteca Argentina* 11 (1916) 242-243.

lo que más falta, y se echa de menos, es la Escritura misma... parece preciso que a los menos una gran parte de la Escritura (en especial una parte tan principal como es la profecía) quede escondida, y como inaccesible a los que con buena fe, y óptima intención desean estudiarla... mas el mayor mal (de los comentaristas) está, en que prohíban la entrada, y cierren la puerta a otros muchos que pudieran entrar; dándoles a entender, y tal vez persuadiéndoles con sumo empeño, que aquellos misterios de que hablo, son peligros, son error, son sueños, son delirios, etc... Y si a personas religiosas, y pías la Escritura Divina se ha hecho en gran parte inaccesible por los comentadores mismos, a otros menos religiosos, y menos píos (en especial en el siglo que llaman de las luces) se ha hecho también nada menos que despreciable, pues se les ha dado ocasión más que suficiente para pensar (como lo piensan, y tal vez lo dicen con suma libertad), que la Escritura Divina es cuando menos un libro inútil, pues nada significa por sí mismo: ni se ha de entender como se lee, sino de otro modo diverso, que es necesario adivinar: en fin que cada uno es libre para darle el sentido, que le parece. Así el temor respetuoso de los unos, y el desprecio impío de los otros han producido por buena consecuencia un mismo efecto natural: esto es, renunciar enteramente al estudio de la Escritura: lo que en nuestros días parece, que ha llegado a lo sumo" (*Venida*, I, pp. LXVI-LXIX).

El mismo Lacunza experimentó estos miedos al aplicarse a estudiar la Sagrada Escritura en estos temas referidos a los milenarios. Su propio testimonio así lo testifica:

"Yo no puedo negar, ni me avergüenzo de confesar, que en otros tiempos fue esta (doctrina de los milenaristas) una nube tan densa, y tan pavorosa para mi pequeñez, que muchas veces me hizo dejar *ad tempus* el estudio de la Sagrada Escritura, y algunas veces resolví dejarlo del todo... Con este miedo y pavor anduve muchos años, casi sin atreverme a abrir la Biblia, a quien por una parte miraba con respeto, e inclinación, y por otra me veía tentado fuertemente a creerla como un libro inútil, e insulso y de más de esto peligroso, que era lo peor. ¡Oh! ¡qué trabajos, y qué angustias tuve que sufrir en estos tiempos!" (*Venida*, I, pp. 56-57).

A estas razones personales y objetivas a que apunta Lacunza

deberíamos agregar otras que brotan de la misma situación de la Iglesia postridentina. Esta tuvo que enfrentar a la Reforma protestante y a su exigencia de "libre examen" del texto sagrado. Para evitar la propagación de la herejía protestante se dificultó a los fieles el acceso directo a la Sagrada Escritura e incluso se llegó a prohibir en no pocas partes las versiones en lenguas romances. Como es sabido tal prohibición a mediados del siglo XVI tuvo en España y sus reinos americanos efectos muy negativos para la evangelización con el consiguiente distanciamiento y olvido de la Sagrada Escritura, que ya no pudo estar en manos del pueblo y que fue quedando más y más olvidada hasta de los mismos ministros y sacerdotes<sup>10</sup>. Solo en 1782, después de dos siglos, el inquisidor general, Felipe Bertrán, decreta para los reinos de España la libertad de edición y de circulación de versiones en lengua vulgar sujetas a determinadas condiciones fijadas anteriormente por un decreto del Papa Benedicto XIV en 1757<sup>11</sup>. De este modo hacia 1790 aparece la primera versión en español de la vulgata latina traducida por el Padre Felipe Scío<sup>12</sup>. Por esos años el padre Lacunza terminaba su *Venida*, escrita originalmente en español, pero manteniendo las citas bíblicas en latín, tal como lo establecían las reglamentaciones eclesiales de la época. Así las trae todavía la edición de Londres de 1816.

## 2.2. Los sentidos de la Sagrada Escritura

Pero Lacunza no intenta solamente recuperar la Sagrada Escritura y colocarla en el centro del interés mismo de la Iglesia y de su tiempo, sino que, además, pretende establecer y reafirmar los caminos de su correcta interpretación.

La Iglesia en su lectura viva de la Sagrada Escritura hecha a través de los siglos había llegado a establecer en el medioevo una doctrina universalmente admitida acerca de los cuatro sentidos de la

<sup>10</sup> Cfr. nuestro trabajo: *La Sagrada Escritura en la Evangelización de América Latina*, San Pablo, Buenos Aires, 1993, pp. 76 y ss.

<sup>11</sup> Cfr. R. Antonio Mestre Sanchis, "Religión y cultura en el siglo XVIII español" en García Villoslada, *Historia de la Iglesia en España*, Tomo IV, p. 669.

<sup>12</sup> Cfr. R. Antonio Mestre Sanchis, *Ibid.*, pp. 669-670. Véase también José P. Burgués Dalmau, "La Biblia del P. Felipe Scío. Primera edición católica de la Biblia en español (1790-1793)", en *Analecta Calasanciana* 58 (1987) 259-335.

Escritura<sup>13</sup>. En esta doctrina se establecían cuatro sentidos fundamentales de la Sagrada Escritura. El *literal o histórico*, que es el sentido más inmediato y base de los restantes, llamados espirituales, que se desprenden de este sentido literal, como son el sentido *alegórico*, que mira a las figuras del Antiguo Testamento como prefiguración del Nuevo; el sentido *tropológico o moral*, que mira los ejemplos y enseñanzas contenidas en la Sagrada Escritura como una invitación para orientar nuestro comportamiento ético en el camino de Jesús; y el sentido *anagógico o místico*, que invita al fiel a contemplar y a unirse desde ya a los misterios últimos de la gloria tal como los muestra la fe cristiana (cfr. St. Tomás, *Suma Teológica*, I, I, q. 10).

En la historia de la Iglesia siempre hubo diversas acentuaciones dentro de este equilibrio de sentidos. Algunas escuelas como las de Antioquía privilegiaron más el sentido literal, otras como las de Alejandría, el sentido espiritual. Ninguna de las dos tendencias estuvo libre de problemas de herejía, la primera por exceso de "literalismo", la segunda por exceso de "espiritualismo"<sup>14</sup>.

Lacunza conocerá esta doctrina de los cuatro sentidos de la Escritura y se inclinará por una recuperación preferencial del sentido literal sin desprestigiar ciertamente los otros sentidos. Lacunza entiende que la mayoría de las malas interpretaciones de la Escritura han resultado del olvido del sentido literal y la proliferación desmesurada de las interpretaciones espiritualistas o acomodaticias del texto bíblico:

"De aquí han nacido aquellos sentidos diversos, de que muchos abusan, sin duda para refugio seguro en las ocasiones, pues por claro que parezca el texto, si se opone a las ideas ordinarias, tienen siempre (los intérpretes) a la mano su sentido *alegórico*, y si esto no basta, viene luego ayudándolo el *anagógico*, a los cuales se añade el *tropológico*, *místico*, *acomodaticio*, etc., haciendo uso frecuentísimo, ya de uno, ya de otro, ya de muchos a un mismo tiempo: subiendo de la tierra al cielo con gran facilidad, y con la misma bajando del cielo a la

<sup>13</sup> Cfr. nuestro trabajo citado arriba en nota 10: *La Sagrada Escritura en la Evangelización de América Latina*, pp. 23 y ss. Y muy especialmente la obra clásica de H. De Lubac, *Exégèse Médiévale. Les Quatre sens de L'écriture*, París, 1959.

<sup>14</sup> Cfr. I. de la Potterie, "La lecture dans l'Esprit", *Communio*, 11/4 (1986) 15; véase también J. Daniélou, "Exégèse et typologie patristiques", *Dict. de Spiritualité*, XXV, pp. 133 y ss.

tierra en el instante siguiente, tomando en una misma individua profecía, en un mismo paraje, y tal vez en un mismo versículo, una parte *literaliter* [literalmente], otra *alegorice* [alegóricamente], otra *anagogice* [anagógicamente], y componiendo de varios retacitos diversísimos una cosa, o un todo, que al fin no se sabe lo que es. Y entre tanto la Divina Escritura, el libro más verdadero, el más venerable, el más sagrado queda expuesto al fuego, o agudeza de los ingenios, a quien acomoda mejor, como si fuese libro de enigmas. No por esto penséis, Señor, que yo repruebo absolutamente el sentido alegórico o figurado. (Lo mismo digo a proporción de los otros sentidos). El sentido alegórico en especial es muchas veces un sentido bueno, y verdadero, al cual se debe atender en la misma letra, aunque sin dejarla. Sabemos por testimonio del apóstol San Pablo, que muchas cosas, que se hallan escritas en los libros de Moisés, eran figuras de otras mayores, que después se verificaron en Cristo; y el mismo apóstol en la Epístola a los Gálatas, capítulo IV habla de los testamentos figurados en las dos mujeres de Abraham, y en sus dos hijos Ismael e Isaac, y añade que hay *en ello una alegoría* (v.24). Mas como sabemos por otra parte, que las epístolas de San Pablo son tan canónicas, y tan de fe como el Génesis, y el Exodo, quedamos ciertos, y seguros no menos de la historia, que de la aplicación: ni por esta aplicación, o alegoría, o figura dejamos de creer; que las dos mujeres de Abraham, Agar y Sara, fuesen dos mujeres reales, y verdaderas; ni que las cosas que fueron figuras, dejasen de suceder así a la letra, como se leen en los libros de Moisés" (*Venida*, I, pp. LXIII-LXV).

### 2.3. Primacía del sentido literal de la Sagrada Escritura

Lacunza desarrolla extensamente ésta su preferencia por el sentido literal en el primer capítulo de su libro I de la *Venida*, titulado "De la letra de la Santa Escritura" (*Venida*, I, pp. 1-30). En este capítulo invita a leer con simplicidad de corazón la Sagrada Escritura, sin temor, a fin de descubrir su "sentido propio, obvio, y literal, que muestra la letra con todo su contexto" (*Venida*, I, p. 7).

Pero esta actitud confiada ante el texto sagrado lo lleva a preguntar:

"¿Pues no han errado tantos, os oigo replicar, no han caído en el peligro, y perecido en él por haber entendido la

Escritura así como suena según la letra? ¿No ha sido para muchos de gravísimo escándalo el sentido literal de la Escritura? Os digo, amigo, resueltamente que no: y otra vez, y otras cien veces os digo, que no" (*Venida*, I, p. 10).

Lacunza sostiene que los errores de los herejes no han provenido de la interpretación literal de la Escritura. Más bien las herejías han nacido "de no haber querido conformarse con el sentido literal" (*Venida*, I, pp. 10-11). Los herejes muchas veces acuden al sentido textual de la Sagrada Escritura para confirmar sus falsas doctrinas afinadas en su corazón, pero al hacerlo por lo general separan el texto del contexto, o mutilan la integridad del texto para exponer sus errores como verdades surgidas del mismo texto (cfr. *Ibid.*, I, pp. 13-15). No toda verdad -dice nuestro autor- debe constar necesariamente en el Sagrada Escritura, ya que la Tradición por la cual la Iglesia sostiene lo que siempre ha creído, proclama lo que siempre ha enseñado y practica lo que siempre ha practicado, es más que suficiente para suplir la verdad de aquellas doctrinas no asentadas en la letra de la Sagrada Escritura, como son: el símbolo de la fe, los siete sacramentos, la jerarquía, la virginidad de la Virgen y la canonicidad de la Sagrada Escritura, siempre y cuando no se halle en la letra lo contrario a éstas u otras verdades de un modo claro y explícito (cfr. *Ibid.*, I, 20-21).

Por su parte los errores de los autores católicos y píos no están tanto en el corazón cuanto en el entendimiento. Así fue el error de Orígenes que se mutiló, no por seguir una interpretación de la Sagrada Escritura (*Mateo* 19, 12) en un "sentido obvio y literal, que esto es falsísimo, sino en un sentido grosero, ridículo y ajeno del espíritu del evangelio, y de la letra misma, que no dice, ni aconseja tal cosa" (*Venida*, I, p. 22). Este error, luego reconocido por él, lo llevó a una interpretación de la Escritura más y más alejada del sentido literal.

Lacunza interpreta el dicho paulino "la letra mata, el espíritu vivifica" (*Romanos* 5, 13), no en el sentido en que Orígenes la interpretó en orden a invalidar toda interpretación de la Sagrada Escritura que se quede en el sentido literal, sino en el sentido verdadero y bíblico en el que debe entenderse el aserto paulino, donde la "letra" hace alusión a la Antigua Alianza promulgada en el Monte Sinaí y el "espíritu" a la Nueva Alianza promulgada en el Calvario por la muerte y la resurrección de Cristo, mostrándose así la superioridad de esta Alianza sobre aquella (cfr. *Ibid.*, I, pp. 25-26). Lacunza trae en su apoyo a San Agustín que en su libro sobre la "letra y el espíritu" recomienda recurrir a la "alegoría" con moderación y "sin perjuicio alguno de la letra, la cual se debe salvar en primer lugar" (*Venida*, I, p. 27).

Lacunza reconoce finalmente que muchas cosas tomadas a la letra en la Sagrada Escritura no se entienden. Esta inadecuación de la verdad a la letra se debe a dos causas. O bien no ha llegado todavía el tiempo de comprenderlas; o bien porque esa significación literal se opone al sistema de ideas adoptado por nosotros. Nuestros antepasados no comprendieron muchas cosas que hoy nosotros comprendemos. Así puede suceder que nosotros no comprendamos lo que otros, que nos sucederán en el tiempo, podrán llegar a comprender. Por otro lado también puede suceder que nosotros sobrestimemos nuestros propios sistemas de comprensión obligándonos por ello a saltar por encima de la interpretación literal hacia otro sistema de interpretación no literal (cfr. *Ibid.*, I, 29-30).

Lacunza tendrá también sumo cuidado de no tomar la letra del texto bíblico como dato científico. Sus ideas al respecto son sumamente claras. Así lo dice:

"Es certísimo, y bien digno de nuestra consideración, que en cosas puramente físicas, que no pertenecen a la religión, ni en dogma, ni en moral, todos los Escritores Sagrados hablaron siempre como hablaba el pueblo, y éste hablaba, como se habla en las otras naciones: ni el Espíritu Santo enseñó jamás alguna novedad de pura física a ninguno de sus profetas. Así que hablaron de los cielos, y de los cuerpos celestes, no como son en la realidad, sino como aparecen a nuestros ojos: lo cual es preciso de reconcer, y confesar, so pena de gravísimos inconvenientes" (*Venida*, IV, pp. 388-389).

Lacunza como buen ilustrado en los asuntos humanos tuvo una buena formación científica, que le permitió asumir los resultados más significativos de la ciencia moderna como son la física galileana y la mecánica newtoniana. Lacunza era muy consciente de las consecuencias perniciosas que se derivaron del "affaire Galileo" tanto para la Iglesia como para la interpretación estrechamente literalista de la Sagrada Escritura, lo cual le impidió caer en esos o semejantes errores. Sin embargo el mismo Lacunza munido de este conocimiento incursionará en algunas interpretaciones físicas del mundo a modo de conjetura que hoy nos parecen francamente absurdas como es el restablecimiento vertical del eje de la tierra como consecuencia de los "nuevos cielos y la nueva tierra" anunciado por el Profeta Isaías (*Isaías* 65, 17) y que acontecerá según Lacunza en la segunda venida del Señor (Cfr. *Ibid.*, IV, cap. 4 y 5).

A esto se reducen los principios exegeticos que Lacunza



empleará en la totalidad de su obra. Su método será muy simple. Comparar las doctrinas de los intérpretes con sus propias propuestas a la luz de la Sagrada Escritura interpretada fundamentalmente en su sentido literal. Allí está su grandeza y su propio límite. Grandeza por un lado al querer tomar como objeto de su estudio en pleno siglo de las luces un acontecimiento que irrumpe en el mundo y que lo transforma completamente, como será la Parusía. El límite se lo proporciona sus propios principios exegeticos que no van más allá del texto. Si bien Lacunza puso de manifiesto los límites de la interpretación simbólica o espiritualista de los textos proféticos, debe decirse que el desconocimiento de los principios que guiaron la conformación del texto bíblico y el no saber atender a las leyes generales de los géneros literarios le impidieron alcanzar una comprensión más cabal de los textos proféticos<sup>15</sup>.

### 3. La significación política de la obra de Lacunza

#### 3.1. *Las opiniones de la época sobre la significación política*

Al examinar las introducciones del mismo Lacunza a esta obra, tal como lo hicimos más arriba, y otros documentos lacunzianos, que tenemos a nuestra disposición, no es difícil darse cuenta de que esta obra de Lacunza no tiene una finalidad específicamente política, sino religiosa. Ahora bien si examinamos las reacciones que esta obra ha suscitado por doquier y en los más variados ámbitos<sup>16</sup>, no podemos tampoco dejar de pensar que aunque no lo hubiera querido hacer explícitamente, esta obra ha incursionado sin embargo en el espíritu del tiempo, y en particular en nuestra historia política americana. A esta incursión queremos ahora brevemente referirnos.

¿Cuáles son las ideas de esta obra que pudieron producir este impacto? A nuestro parecer son dos. La primera es la forma y la altura literaria de esta obra, que enaltece el genio de los americanos. Esta perspectiva es la que rescata Belgrano al ponderar las cualidades literarias de esta obra en el prólogo anónimo dirigido a todos los americanos, a fin de "acreditar la superioridad de los talentos americanos", tal como lo recordamos más arriba en la primera parte de nuestro trabajo. En momentos en que se estaba gestando la independencia americana era importante acentuar la "superioridad" del genio americano

<sup>15</sup> Cfr. Freddy O. Parra Carrasco, *op. cit.*, pp. 196 y ss.

<sup>16</sup> Basta para ello consultar la clásica obra de Vaucher en nota 3 arriba, donde se encontrará muchísima información al respecto.

en relación al europeo. Ese genio americano estaba maduro para asumir su propio destino independiente de toda tutela y patronazgo extranjero.

La segunda idea brota de la problemática misma que presenta *La Venida* al proponer la llegada y establecimiento de un nuevo Reino milenarío encabezado por el mismo Mesías, lo cual está preanunciado por una serie de convulsiones políticas, que la presagiaron. Así lo dice el Padre Decorme en su historia de la Compañía de Jesús en México al hablar del impacto de la obra de Lacunza:

"La elegancia del estilo, la erudición del autor, la magia que en algunos cerebros produce la descripción de los últimos días del mundo, cuyos presagios parecen ser las convulsiones políticas de Europa y América, dieron a esta obra un encanto maravilloso, por lo cual la buscaba el clero y la leía con avidez"<sup>17</sup>.

A esta obra no solo la buscó el clero, sino que también puede decirse que alimentó el espíritu del siglo y muy especialmente los primeros años del siglo XIX en nuestra América independentista. Así lo testimonia, entre otros documentos, la misión pontificia llegada a nuestras tierras del Río de la Plata y de Chile encabezada por el Arzobispo Giovanni Muzi, su compañero, el Canónigo Gian Maria Mastai, futuro Pío IX, y su secretario el Abate Giuseppe Sallusti. En un despacho dirigido a Roma hacia fines de 1824 Monseñor Muzi informa:

"La obra del ex-jesuita Lacunza sobre el Apocalipsis, impresa en Londres, está difundidísima por toda América y ha servido para calentar las cabezas a muchísimos"<sup>18</sup>.

¿Qué significa en las mismas palabras originales de Mons. Muzi la expresión "riscaldare le teste di moltissimi"? Es probable que Mons. Muzi vincule la obra de Lacunza a la obra disociativa y destructiva llevada a cabo por la Ilustración tanto en el orden de las ideas como en el de la práctica política. En un párrafo anterior Mons. Muzi venía de condenar la difusión en América de "gran cantidad de libros pestilenciales" y acusa a los ingleses de "estar a la cabeza de estas traducciones al

<sup>17</sup> P.G. Decorme, *Historia de la Compañía de Jesús en la República Mexicana durante el siglo XIX*, Guadalajara, 1914, Tomo 1, p. 261.

<sup>18</sup> Cfr. en Avelino Y. Gómez Ferreyra, S.J., *Viajeros Pontificios al Río de la Plata y Chile (1823-1825). La primera Misión Pontificia a Hispano-América relatada por sus Protagonistas*, Córdoba (Argentina), 1970, p. 543.

castellano y de realizar después este torpe negocio" (Ibíd.). Y en el párrafo siguiente Mons. Muzi no deja de condenar con claridad y vehemencia las ideas revolucionarias nacidas en Estados Unidos de América y en Francia:

"La herejía no menos política que teológica que levantó cabeza en la República de los Estados Unidos de América y luego en la Revolución Francesa, ha sido proclamada como del Gobierno, esto es, que la autoridad soberana nace, no de Dios, sino esencialmente del hombre y se encuentra entre los derechos esenciales del hombre; es la herejía dominante en estos nuevos Gobiernos. Creyendo que esta doctrina es una luz del Nuevo Mundo, es increíble con qué soberbia y arrogancia hablan de sí mismos, y con qué desprecio y sarcasmo hablan de la Soberanía y de los Soberanos, y de las Naciones que viven bajo su dominio. Se comprende así que la España y los Españoles sean el blanco de su más negra bilis" (Ibíd., p. 543-544).

Es probable, pues, que Mons. Muzi asociara esta obra de Lacunza a la obra de los ilustrados que socavaban con sus ideas de libertad e independencia las mentes, las costumbres y hasta las mismas instituciones de estos pueblos de América. De este modo, sin pretenderlo expresamente, Lacunza era asociado a ese mundo ilustrado y en particular a las ideas independentistas de algunos de los principales jesuitas expulsos, que como el mendocino Juan José Godoy y el peruano Juan Pablo Viscardo, fueron verdaderos precursores de la emancipación americana<sup>19</sup>.

Debe decirse con todo y en razón de verdad que Lacunza no participó por temperamento y afición en esos círculos afines a la Ilustración Católica y a las actividades políticas pro-independentistas. Pero no cabe duda de que sus ideas coincidían en muchos aspectos con lo que sostenían los círculos ilustrados del Siglo de las Luces<sup>20</sup>. Así su

<sup>19</sup> Sobre este tema véase Guillermo Furlong, S.J., *Los Jesuitas y la Cultura Rioplatense*, Ed. Universidad del Salvador, Buenos Aires, 1984, cap. XIII: "Los Jesuitas y la Independencia", pp. 203-209; Miguel Batllori, S.J., *El Abate Viscardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica*, Inst. Panam. de Geog. e Hist., Caracas, 1953.

<sup>20</sup> Cfr. al respecto los dos importantes y bien documentados trabajos de Mario Góngora, "Aspectos de la Ilustración católica en el pensamiento y la vida eclesiástica chilena (1700-1814)", *Historia* 8 (1969) 43-73, especialmente el

utopía apocalíptica conjugaba en grandes términos con un cambio político propiciado por las nuevas ideas; su aprecio del español en su obra coincide con la reivindicación hecha por la Ilustración católica al apoyar la utilización de las lenguas vernáculas; es un crítico de la escolástica y de la tradición patristica y un propugnador de la vuelta a la Sagrada Escritura como signo de verdad en su interpretación literal y no alegórica; adhiere a una física galileana y newtoniana del mundo; su comprensión en astronomía está ligada a una cosmovisión copernicana y no ptolomeica del mundo. Todo esto lo emparenta indudablemente con la Ilustración.

Pero este emparentamiento con la Ilustración no le hace asumir todas sus tesis. En Lacunza puede notarse con claridad un distanciamiento de las luces del siglo secular y de las monarquías reinantes, a las que ve como los signos de un mundo malvado, cuyos terribles tentáculos se han adentrado hasta en la misma Iglesia, aunque sin poderla dominar totalmente. En términos apocalípticos ya se ha hecho presente la nueva "Babilonia" y se espera la presentación de la nueva "Jerusalén". La lucha apocalíptica de los fieles será doble. Contra los poderes seculares del Estado y contra los poderes espirituales del sacerdocio traidor. De aquí lo titánico de esta empresa y el marco francamente combativo de este cristianismo agónico de los últimos tiempos antes de la segunda venida del Mesías.

### 3.2. Las ideas de Lacunza sobre el Cuarto Imperio

Nos interesa destacar en particular la posición de Lacunza frente a los poderes del mundo, vigente en el poderío y en el uso indiscrecional de sus fuerzas de las monarquías absolutas, y que el mismo Lacunza había experimentado en la injustificada expulsión de la Compañía de Jesús de América por Carlos III en 1767 y, luego, más tarde, en 1773, en la supresión de la Compañía por el Papa Clemente XIV bajo la presión de las cortes europeas.

Su interpretación de los cuatro imperios representados en la alegoría de la estatua con los cuatro metales de *Daniel 2* es fundamental<sup>21</sup>. Lacunza interpreta estos reinos adscribiendo el "oro" al imperio

párrafo "Lacunza y la Ilustración católica", pp. 59-65; y "La obra de Lacunza en la lucha contra el 'espíritu del siglo' en Europa, 1770-1830", *Historia* 15 (1980) 7-65.

<sup>21</sup> Lacunza lo trata detalladamente en el "fenómeno I" de la segunda parte de su obra, *Venida*, I, pp. 243-275.

persa-babilónico, la "plata" a los reinos helenísticos, el "bronce" al imperio romano, y el "hierro" a los reinos góticos formados por la entrada a partir del siglo V de los bárbaros en Occidente y a sus sucesores las monarquías absolutas modernas y otros reinos particulares<sup>22</sup>. Este cuarto reino a diferencia de los tres anteriores no es un reino único, sino dividido:

"Un reino dividido: un reino debajo de muchas cabezas; un reino compuesto de muchos reinos particulares todos independientes: un reino, cuyas partes confinan entre sí, como los dedos en los pies, comercian entre sí, se comunican, se ayudan mutuamente, pero jamás se unen de modo, que formen una misma masa. En una palabra: estas partes componen un todo; y al mismo tiempo conservan escrupulosamente su división, y su total independencia. Los tres primeros reinos de la estatua, aunque compuestos de diferentes partes, o diferentes pueblos, y naciones, todas ellas se reunían debajo de una sola cabeza (o física, o moral), a quien reconocían, y a cuyas órdenes

<sup>22</sup> Cfr. *Venida*, I, pp. 266-272. La interpretación de Lacunza será distinta a la de otros intérpretes. Para no ir más lejos el jesuita Antonio Vieira (1608-1697), otro de los grandes autores apocalípticos del siglo XVII, seguirá a San Jerónimo al interpretar los cuatro metales como correspondiendo a los reinos, babilónico, persa, griego y romano (cfr. nuestro trabajo "La Sagrada Escritura en la evangelización del Brasil. En los centenarios del Beato José de Anchieta (1534-1597) y del P. Antonio Vieira (1608-1697)", *Stromata* 54 (1998) 187-238). La exégesis actual difiere fundamentalmente de todas estas interpretaciones porque parte de otros presupuestos totalmente desconocidos a Lacunza y a los antiguos. El texto de *Daniel* no es contemporáneo a Nabucodonosor en el siglo VI a. de C., sino que data de mediados del siglo II a.C., cuando el rey Antíoco Epifanes IV (175-164 a.C.) pretendió helenizar por la fuerza a los judíos y es una profecía *ex eventu*, es decir, desde ese presente. Tenía por objeto inmediato animar a los judíos fieles ante la persecución seléucida. Desde esta perspectiva hoy se interpreta que el "oro" se refiere al imperio babilónico, la "plata" al medo, el "bronce" al persa, el "hierro" al griego de Alejandro Magno, a cuya muerte le sucedieron los reinos helenistas de los lágidas en Egipto y de los seléucidas en Siria. En esta interpretación la "piedra" que destruirá la estatua se convertirá en el quinto reino, el reino mesiánico, el de Israel, que triunfará de sus inmediatos perseguidores, los seléucidas (cfr. L.F. Hartman, *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*, Cristiandad, Madrid, 1971, Tomo II, p. 300 ).

se movían. El cuarto reino no es así. Se compone, es verdad, de muchas partes diversas entre sí: de muchos reinos, repúblicas, principados, y señoríos, pero cada cual es aparte; es una pieza, que se mueve por sí misma con movimiento particular; es absoluta, es independiente; reconoce su cabeza propia, y peculiar: y no obstante esta división, no obstante esta independencia, no obstante este movimiento particular de cada una, todas ellas se reúnen al fin (casi sin advertirlo, o a lo menos sin poder resistirlo) en unos mismos principios, en unos mismos intereses, en unas mismas leyes generales, necesarias para la conservación de todo el compuesto, y de todas, y de cada una de las partes que lo componen" (*Venida*, I, pp. 267-268).

Lacunza explica que el gran principio que todo lo sostiene es el del *equilibrio* (Ibíd.). Este impide que las partes se agreguen entre sí para formar un todo, semejante a los tres primeros reinos. Pero este todo formado de partes no es sólido como el hierro. La profecía dice que los pies de la estatua son parte de hierro y parte de arcilla (*Daniel* 2, 34). Esta diversa condición de los dedos de la estatua, duros y frágiles a la vez, lleva a Lacunza a identificar estas propiedades antagónicas en la historia de su tiempo tan llena de violencias y de guerras:

"¿Y qué otra cosa nos ha mostrado hasta ahora la experiencia? En la agitación, y movimiento de todas las partes de este reino: en el choque casi continuo de unas con otras: en los golpes terribles, que se han dado entre sí, ninguna otra cosa ha sucedido, sino que lo que era de hierro, se ha quedado sólido, y duro, y lo que era de greda ha padecido necesariamente algunas quiebras, uniéndose después ya con una, ya con otra según la mayor, o menor fuerza de la parte chocante. Mas las partes sólidas, o los reinos particulares, lejos de unirse entre sí, después de los golpes, que se han dado, por eso mismo se han endurecido, y solidado más, y han quedado más divididos, y más independientes. ¡Qué guerras tan sangrientas, y tan obstinadas! ¡Qué batallas por mar, y tierra! ¡Qué máquinas! ¡Qué invenciones! ¡Qué preparativos! ¡Qué gastos! Parecía muchas veces que las partes del reino se iban a destruir infaliblemente. Parecía que alguna, o algunas de ellas crecerían notablemente, convirtiendo a las otras en su propia substancia; mas el efecto mostraba bien presto la verdad de la profecía: *El reino quedará dividido, en parte sólido, en parte frágil* (*Daniel* 2, 42)" (*Venida*, I, pp. 269-270).

Lacunza se refiere aquí a la historia de su tiempo, a la Europa moderna tan cruzada por guerras, donde como nunca se pusieron a prueba nuevas "máquinas" e "invenciones", y donde se hicieron ingentes "gastos", sin resultado alguno ya que las partes, salvo algunas, quedaron como estaban en ese precario "equilibrio", que las contiene a todas. El último distintivo de estos reinos desunidos será el intento infructuoso de las "alianzas matrimoniales" (*Daniel*, 2, 43) con que los reinos de Europa han querido superar la división, pero sin lograrlo. Lacunza, incluso, ve un ejemplo verificativo de la profecía en la actitud de Felipe II, príncipe de España, que contrae matrimonio con María Tudor, reina de Inglaterra, con el intento de unir las dos coronas, cosa que, luego, no fue posible (cfr. *Venida*, I, p. 270).

### 3.3. La teología política lacunziana

Lacunza después de rebatir que este último reino, profetizado por *Daniel* 2, no es el Imperio Romano, tal como lo afirmaba generalmente la interpretación tradicional, interpreta la última parte del sueño de Nabucodonosor. En esta parte (*Daniel*, 2, 34-35) se describe la destrucción de la estatua por la caída de una piedra sin mediación de mano alguna, que choca con la estatua en sus pies y la destruye completamente, transformándose la piedra en una montaña que llenó toda la tierra. Lacunza en dos párrafos (cfr. *Ibid.*, I, pp. 276-299) rechaza la exégesis tradicional. Esta interpretación veía en la "piedra" la primera venida de Cristo, que luego con su doctrina, su pasión, su muerte, su resurrección, con la predicación del evangelio, etc. destruye los poderes de este mundo y del diablo, y se transforma así en la Iglesia, la cual abarcando todo el mundo se constituye así en el Quinto Reino, puro e incorruptible de la profecía (cfr. *Ibid.*, I, pp. 277-278). Lacunza lleva su interpretación, sin negar que la piedra es Cristo, a su "segunda venida", donde estos misterios encuentran su lógica y su más plena explicación. La segunda venida de Cristo en gloria y majestad, a diferencia de la primera, que fue oculta, será visible. A esta segunda venida le corresponde establecer el Quinto Reino. Lacunza concluye su exégesis con una amplia panorámica de la historia interpretada literalmente y que vale la pena rescatar para ver en un gran despliegue su teología de la historia:

"Desde Nabucodonosor hasta el día de hoy: esto es, por espacio de de más de 2300 años, se ha venido verificando puntualísimamente, lo que comprende, y anuncia esta antiquísima profecía. Todo el mundo ha visto por sus ojos grandes revoluciones, que han sucedido, para que la estatua, se formase,

y se completase desde la cabeza a los pies. La vemos ya formada, y completa, según la profecía, sin que haya faltado la menor circunstancia. Lo formal de la estatua, es decir, el imperio, y la dominación, que primero estuvo en la cabeza, se ha ido bajando a la vista de todos, por medio de grandes revoluciones de la cabeza al pecho, y brazos: del pecho, y brazos al vientre, y muslos: del vientre, y muslos a las piernas, pies, y dedos donde actualmente se halla. No falta ya sino la última época, o la más grande revolución, que nos anuncia esta misma profecía, con quien concuerdan otras muchísimas, que en adelante iremos observando" (*Venida*, I, pp. 293-294).

Lacunza presiente que esta "más grande revolución" ya está a la puerta. Todos los signos del "gran Siglo de las Luces" y de la Iglesia, tocada en parte por el mal de ese mundo, así lo muestra palmariamente a sus ojos. Lo único que le está reservado es el "día y la hora" (Mt. 24, 50). Lacunza se pregunta el porqué de tanta indiferencia ante este acontecimiento. Desecha las razones de temor. Los justos, al menos, no deberían tenerlo, pues el Mesías viene hacia ellos como Rey pacífico y justo. Pero podría darse otro tipo de temor: el de afligir con ello a los soberanos que todavía reinan en este cuarto reino. En todo caso los soberanos no son los más importantes en la profecía, sino los reinos mismos, pero que sin embargo deberán perecer, para dar lugar al quinto reino, el del Mesías en Gloria y Majestad (cfr. *Ibid.*, I, pp. 297-299). En este rasgo puede verse una diferencia notable con la teología política de Antonio Vieira<sup>23</sup>. Para Lacunza los poderes políticos de este mundo deben sucumbir ante la llegada del Mesías. A él solo le cabe la misión de establecer su Reino milenar. Para Vieira por el contrario el cuarto Imperio es Roma, que en sus sucesivas fracturas encuentra en Portugal a un retoño, como un nuevo Israel, que el Mesías asumirá para establecer su quinto reino. En Vieira hay una mediación política, en su caso la de Portugal, en orden a que advenga el Reino de Cristo. En Lacunza no hay tal mediación, sino que todo poder político debe desaparecer para que emerja el nuevo señorío del Mesías en su reino milenar.

Las otras figuras como las cuatro bestias de *Daniel* 7 no serán interpretadas por Lacunza en la línea de los cuatro metales de la estatua,

<sup>23</sup> Cfr. nuestro trabajo arriba citado en nota 22 sobre Vieira, pp. 231 y ss. Para este tema véase la obra de Antonio Vieira, *Historia del Futuro*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1987, edición de Luisa Trias Folch y Enrique...

como hicieran otros autores de la tradición, sino en sentido espiritual religado a las falsas religiones. La cuarta bestia es el libertinaje, que tiene asociado a un cristianismo desnaturalizado por el "Espíritu del tiempo", es decir, por la Ilustración que convierte la religión revelada en simple "deísmo" o "religión natural" (cfr. *Ibíd.*, I, pp. 300-355). La figura del "Anticristo" no será una figura individual, sino un cuerpo moral. Lacunza le niega al Anticristo el poder llegar por engaño a constituir una monarquía universal (cfr. *Venida*, pp. 390-396). La profecía de la estatua de Daniel solo habla de cuatro reinos universales anteriores al del Mesías y no más. Por ésta y otras razones Lacunza hablará del Anticristo como un cuerpo moral, más que físico y no encarnado en una persona particular (cfr. *Ibíd.*, I, pp. 401 y ss.), sino que agrupará a todos los que militan contra Cristo y su Iglesia. Su fuerza se hará sentir más acrecentada hacia el fin de los tiempos, hasta que llegue el Mesías y lo aniquile como a todos los que militen con él, según la profecía de *Apocalipsis* 19, 11. Luego vendrá el Reino milenarío, el quinto reino universal profetizado por Daniel, y sostenido por Lacunza. Este reino con todo no será el fin de la historia. El "milenarío" que curiosamente Lacunza no interpreta literalmente, también tendrá sus vicisitudes, las que solo culminarán con la resurrección final y el juicio universal.

### Conclusión

Estos textos son más que suficientes para mostrar que las enseñanzas de Lacunza sobre la *Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, más allá de su propia intencionalidad, ponían sobre el siglo presente y en particular sobre las monarquías de su tiempo un velo de fragilidad, que alentaba a no pocos en su ideal revolucionario. En este sentido la obra de Lacunza, aún sin quererlo, colaboró en América a su ideal emancipatorio. Por otro lado la importancia que Lacunza le dio a la Sagrada Escritura en su formulación doctrinaria lo hace un renovador de los estudios bíblicos, tan abandonados en el siglo XVIII, al mismo tiempo que llama la atención sobre el valor mismo de la Sagrada Escritura, a pesar de la comprensión literalista a la que la sometió. Lacunza estuvo limitado ciertamente por ese horizonte hermenéutico, en el que tuvo que moverse. Por eso su trabajo interpretativo, aunque hoy en día ya no puede sostenerse, sin embargo su llamado de atención a esta problemática profética y apocalíptica, llena de esperanza, no deja a las puertas de un nuevo milenio, de suscitar nuevas preguntas y otorgar nuevos horizontes. Horizontes, a los que Lacunza, por la precariedad y malignidad de los tiempos en los que le tocó vivir siempre estuvo atento

para alimentar su esperanza. El ejemplo de Lacunza puede ayudarnos en este cambio de milenio, también signado de calamidades tan o más grandes que las de su tiempo, a no sucumbir a ellas llevados por su misma Esperanza.